



A historical map of the Atlantic Ocean, featuring a compass rose with a yellow and red starburst design. The map includes latitude lines labeled 'EQUATOR' and 'TROPICUS CAPRICORNII', and longitude lines. The text 'HISTORIA GLOBAL' is overlaid in a large black circle with a decorative border.

HISTORIA GLOBAL

*Una nueva visión
para el
mundo actual*

*Sebastian
Conrad*

CRÍTICA

Índice

Portada

1. Introducción

2. Breve historia del pensamiento global

3. Enfoques en competencia

4. La historia global como enfoque específico

5. Historia global y formas de integración

6. El espacio en la historia global

7. El tiempo en la historia global

8. Posicionalidad y enfoques centrados

9. Creación de mundos y conceptos de la historia global

10. ¿Historia global para quién? La política de la historia global

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN

«Todos los historiadores son hoy historiadores universales», ha afirmado C. A. Bayly con cierto afán provocador, para añadir acto seguido: «Aunque muchos todavía no se han dado cuenta».[1] En efecto, no cabe duda de que en la actualidad se vive un auge de la historia mundial/universal/global. Tanto en Estados Unidos como en otras partes del mundo anglófono, hace varias décadas que este campo crece más que ningún otro dentro de su disciplina. La tendencia ha arraigado asimismo en algunas regiones de Europa y el Asia oriental,[*] donde la historia global está en ascenso y resulta cada vez más popular entre la generación de los historiadores más jóvenes. Aparecen revistas y congresos por doquier, y en muchos casos, un proyecto difícilmente será aprobado si no analiza las «dimensiones globales». Pero esta nueva popularidad ¿significa de veras que todo historiador es hoy un historiador global? ¿En qué se basa esta explosión? ¿Y por qué se está produciendo ahora?

El auge de la historia global obedece a muchas razones. Ha sido de suma importancia el interés renovado en los procesos universales que siguió, primero, al final de la guerra fría, y luego a los hechos del 11 de septiembre de 2001. Como en general se ha puesto de moda considerar que la «globalización» es clave para comprender el presente, parece evidente que debemos remontarnos en el tiempo para

analizar los orígenes históricos de este proceso. En muchos lugares, y en especial en las sociedades que han recibido mucha inmigración, la historia global también da respuesta a desafíos sociales y la necesidad de desarrollar una perspectiva del pasado que sea más inclusiva, menos estrictamente nacional. Como resultado típico de esta clase de presión social, en Estados Unidos el currículo se ha desplazado de la «civilización occidental.» a la historia global. En el mundo académico, este tipo de corrientes halla asimismo reflejo en cambios en la composición social, cultural y étnica de la profesión. Y, a su vez, las variaciones experimentadas por las sociologías del conocimiento han reforzado el descontento con la tendencia, añeja y generalizada, a concebir las historias nacionales como historias de espacios discretos de existencia autónoma.[2]

La revolución de las comunicaciones que se inició en la década de 1990 también ha tenido un impacto esencial en nuestros modos de interpretar el pasado. Los historiadores, y sus lectores, viajan más que nunca y tienen vivencias que abarcan más partes del mundo. Esta movilidad incrementada, y multiplicada aún más por internet, ha facilitado trabajar en red y permitido que los historiadores participen en foros mundiales —aunque es cierto que a menudo cuesta discernir las voces de los países que habían estado colonizados—. De resultas, hoy los historiadores se enfrentan a un número elevado de narraciones en relación de mutua competencia, y precisamente en esta diversidad de voces hallan un gran potencial de nuevas perspectivas de estudio. Por último, la lógica del trabajo en red, favorecida por la tecnología informática, también ha afectado al modo de pensar de los historiadores, que cada vez recurren más al propio lenguaje de las redes y los nodos en sustitución de la antigua lógica territorial. Escribir historia en el siglo XXI no es lo que solía ser.

¿POR QUÉ UNA HISTORIA GLOBAL? MÁS ALLÁ DE LA MIRADA ENDÓGENA Y EUROCÉNTRICA

La historia global nació de la convicción de que los medios que los historiadores han estado usando para analizar el pasado han dejado de ser suficientes. La globalización ha lanzado un desafío fundamental a las ciencias sociales y los relatos dominantes sobre el cambio social. El momento presente, que en sí ya ha surgido de sistemas de interacción e intercambio, se caracteriza por el entrelazamiento y las redes. Pero en muchos aspectos las ciencias sociales han dejado de ser capaces de plantear las preguntas correctas y generar respuestas que ayuden a explicar las realidades de un mundo globalizado y entrelazado en redes.

En particular, hay dos «defectos de nacimiento» de las ciencias sociales y las humanidades modernas que nos dificultan comprender de un modo sistemático los procesos que atraviesan el mundo. Cabe hacer remontar los dos a la formación de las disciplinas académicas modernas en la Europa del siglo XIX. En primer lugar, la génesis de las humanidades y las ciencias sociales estuvo ligada al Estado-nación. En sus temas y sus preguntas, e incluso en su función social, campos como la historia, la sociología y la filología quedaron ligados a la sociedad del propio país. Además, por efecto del «nacionalismo metodológico» de las disciplinas académicas, en teoría se partía de suponer que el Estado-nación era la unidad de estudio fundamental, una entidad territorial que servía de «contenedor» para una sociedad. En el campo de la historia, aún más que en algunas disciplinas próximas, esta devoción por los contenedores acotados territorialmente se mantuvo con firmeza. El conocimiento del mundo, por lo tanto, se estructuraba institu-

cional y discursivamente de tal forma que se oscurecía el papel de las relaciones de intercambio. La historia, en la mayoría de lugares, se limitaba a la historia nacional.[3]

En segundo lugar, las disciplinas académicas modernas eran profundamente eurocéntricas. Situaban en primer plano los procesos de cambio de Europa y entendían que Europa era la fuerza impulsora central de la historia del mundo. Y lo que fue aún más crucial: las herramientas conceptuales de las humanidades y las ciencias sociales hacían abstracción de la historia europea para crear con ella un modelo de desarrollo universal. Términos que en apariencia eran analíticos, como «nación», «revolución», «sociedad» y «progreso», transformaron la experiencia específicamente europea en un lenguaje teórico (universalista) que, al parecer, se podía aplicar en todas partes. Así pues, cuando desde el punto de vista metodológico las categorías particulares de Europa se impusieron sobre los pasados de todos los otros, las disciplinas modernas trataron a todas las demás sociedades como colonias de Europa.[4]

La historia global es un intento de afrontar los desafíos derivados de estas observaciones, así como de superar las dos desafortunadas «manchas de nacimiento» de las disciplinas modernas. Por lo tanto, por mucho que se base en toda una serie de precedentes —pues hace mucho que los historiadores prestan atención a cuestiones como la migración, el colonialismo y el comercio—, se trata de un enfoque revisionista. La voluntad de examinar los fenómenos transversales quizá no sea nueva en sí, pero ahora aspira a algo novedoso: pretende cambiar el terreno sobre el cual reflexionan los historiadores. La historia global, en consecuencia, posee una dimensión polémica. Supone un ataque contra muchas formas de paradigmas basados en los contenedores, y más en particular, contra la historia nacional. Según veremos con más detalle en el capítulo 4, corrige las

formas endógenas o genealógicas de pensamiento histórico, que reducen el cambio histórico a las causas internas.

Al mismo tiempo, y dejando ahora de lado las cuestiones del método, la historia global aspira a modificar el orden institucional y la organización del conocimiento. En muchos países, lo que se denomina «historia» se ha identificado, en la práctica, con la historia nacional del propio país: la mayoría de los historiadores italianos se ocupaban de Italia y la mayoría de sus colegas coreanos se centraban en Corea; en casi todas partes, los estudiantes se adentraban en la historia a partir de manuales que narraban el pasado nacional. Frente a este trasfondo, la llamada a la historia global se presenta como un llamamiento a la inclusividad, a una visión más amplia. Los otros pasados también eran historia.

Incluso donde las facultades de historia cuentan con personal suficiente y están preparadas para un análisis más amplio, los cursos tienden a presentar historias de naciones y civilizaciones como si fueran mónadas, en aislamiento. Los manuales chinos de historia universal, por ejemplo, excluyen de forma categórica la propia China, porque el pasado nacional se enseña en otro departamento. Compartimentar así la realidad histórica —en historia nacional y mundial, en estudios históricos y de área— impide centrar la mirada en los paralelos y entrelazamientos. La defensa de la historia global, por ende, también nos invita a superar esta fragmentación para llegar a una comprensión más abarcadora de las interacciones y conexiones que han dado origen al mundo moderno.

Por descontado, la historia global no es la única propuesta disponible hoy en día, ni supone un enfoque superior por sí mismo. Es tan solo una forma de abordar la historia, entre otras posibles: más adecuada para abordar determinados temas y cuestiones, menos adecuada para enfren-

tarse a otros problemas. Trata ante todo de la movilidad y el intercambio, con procesos que trascienden las fronteras. Adopta como punto de partida el mundo interconectado, y centra la atención en temas como la circulación y el intercambio de cosas, personas, ideas e instituciones.

Como definición preliminar (y bastante laxa) de la historia global, podríamos describirla como una forma de análisis histórico en el que los fenómenos, sucesos y procesos se sitúan en contextos globales. Sin embargo, no hay consenso al respecto de cómo lograr este resultado. Hay muchos otros enfoques que compiten por la atención actual de los investigadores, desde la historia comparada y transnacional a la historia mundial (*world history*) y la «gran historia», o a los estudios poscoloniales y la historia de la globalización. Al igual que la historia global, estas perspectivas también aspiran a explicar las conexiones del pasado.

Cada uno de estos paradigmas hace hincapié en sus propios puntos específicos; abordaremos las variantes más notables en el capítulo 3. Aun así, no debemos exagerar las diferencias entre ellas, pues abundan los elementos en común y las zonas de solapamiento. De hecho, no ha resultado en absoluto fácil definir con rigor qué hace de la historia global una perspectiva única; y si atendemos al uso actual del concepto, la tarea se vuelve aún más difícil. Tan solo con ojear superficialmente la bibliografía reciente veremos que el concepto se usa —a veces, haciéndose apropiación de él— para propósitos diversos, y a menudo se emplea como sinónimo de otros sintagmas. El uso generalizado revela, sobre todo, que el concepto es tan atractivo como elusivo, pero no pone de manifiesto su especificidad metodológica.[5]

Ante este panorama de eclecticismo y confusión teórica, pese a todo, puede resultarnos de utilidad distinguir heurísticamente reacciones diferentes al desafío de lo «global». Tras examinar los datos concretos, podríamos concluir que existen ante todo tres posibilidades: la historia global concebida como la historia de todo, como la historia de las conexiones o como una historia basada en el concepto de la integración. Según irá dilucidándose en los capítulos siguientes, la tercera de estas perspectivas resulta la más prometedora para aquellos historiadores globales que aspiran a ir más allá de un simple gesto de apertura a la conectividad. Veamos ahora las tres variantes, una por una.[6]

En primer lugar, una manera de abordar la historia global es equipararla con la historia de todo. «La historia global, en su sentido estricto, es la historia de lo que ocurre en el mundo entero —escriben Felipe Fernández-Armesto y Benjamin Sacks—, en el planeta en su conjunto, como si pudiéramos verlo desde una atalaya cósmica, con las ventajas de la distancia inmensa y el alcance panóptico.» Desde esta perspectiva omnívora, todo cuanto ha sucedido en la Tierra es un componente legítimo de la historia global.[7]

En la práctica, esto ha llevado a estrategias muy diversas. La primera es la que podríamos denominar la versión «todo incluido» de la historia global. Su variante más destacada se expresa en las obras de síntesis a gran escala, que intentan capturar la realidad global durante un período específico. El siglo XIX, por ejemplo, cuenta con varios biógrafos refinados; otros historiadores se han contentado con el panorama global de un año en particular. Otros, en cambio, han extendido el campo de acción para describir milenios enteros, si no incluso la «historia del mundo» *tout court*. En el caso de la «gran historia» (*big history*), la escala se amplía todavía más y cubre desde el Big Bang hasta el momento

presente. Más allá de la escala elegida, el modo general es idéntico: aquí, lo «global» se refiere a la totalidad planetaria.[8]

De un modo similar, algunos historiadores han optado por estudiar una idea o formación histórica determinada a lo largo de las eras y por todo el planeta. Como ejemplos especialmente convincentes de esta práctica, destacan estudios sobre la historia global del imperio, en los que se cartografían las formaciones imperiales y sus estrategias de gestión de la población desde la Roma Antigua (o desde Tamerlán) hasta el presente.[9] En principio, no obstante, la biografía global puede tratar de cualquier tema. Así, ahora tenemos historias globales de la monarquía y los cortesanos; historias del té y del café, del azúcar y del algodón, del cristal y del oro; historias de la migración y del comercio; historias globales de la naturaleza y de la religión; historias de la guerra y de la paz. Los ejemplos son legión.

Aunque el término «historia global» parece sugerir un ámbito de análisis mundial, no necesariamente es así. En principio, todo puede convertirse en legítimo foco de estudio de los historiadores globales: la historia global como suma diversa, como *omnibus*. Esto significa que cabe estudiar temas muy diversos —los mineros del Witwatersrand, en Sudáfrica; la coronación del rey hawaiano Kalakaua; o un poblado del siglo XIII en el sur de Francia— por lo que pueden haber aportado a la historia global. Una vez se determina que la historia global es todo, todo puede convertirse en historia global. Es menos absurdo de lo que parece. La situación no era tan distinta en los días del reinado supremo de la historia nacional: entonces también ocurría que, aunque el ámbito de una obra no se extendiera necesariamente al todo de la nación, sin embargo se partía de suponer que lo hacía. Nadie ponía en duda, por ejemplo, que una biografía de Benjamin Franklin o un estudio en profun-

didad de la industria de la automoción en Detroit era asimismo una aportación a una historia de Estados Unidos. Una vez se determinaba el marco general de la historia nacional, todo cuanto en ella cabía parecía ser un componente natural de esa historia.

Lo mismo sucede con la versión «todo incluido» de la historia global. Diversos estudios sobre la clase trabajadora de Buenos Aires, Dakar o Livorno, aunque no exploren por sí mismos el horizonte global de la historia del trabajo, se suman como aportación a esa historia. En particular, si los historiadores toman en consideración otros estudios sobre fenómenos similares o se inspiran en ellos. Son buenos ejemplos el libro de Dipesh Chakrabarty sobre los cultivadores de yute en Bengala y el estudio de Frederick Cooper sobre los estibadores de Mombasa.^[10] El elemento histórico global, por supuesto, se intensifica cuando los historiadores plantean sus obras con otros casos similares en mente, e incluyen en sus bibliografías libros sobre temas relacionados en otras regiones del mundo.

Un segundo paradigma de este campo centra la mirada en el intercambio y las conexiones. Es el modo de investigación más popular en los últimos años. El lazo de unión compartido por los diversos estudios es la idea general de que ninguna sociedad, nación o civilización existe en forma aislada. Desde los tiempos más antiguos, la vida en el planeta se ha caracterizado por la movilidad y la interacción. Así, estos movimientos son el objeto privilegiado de una historia global entendida en lo esencial como la historia de los entrelazamientos. Este énfasis en las conexiones complementa, y con ello corrige, lo que podríamos calificar de «parquedad» de los marcos anteriores, en los que el viaje intelectual se detenía en las fronteras del Estado-nación, el imperio o la civilización.

No hay límite a la variedad de temas que cabe estudiar desde esta clase de perspectiva: desde las personas en movimiento a las ideas en circulación o el comercio a larga distancia. De nuevo, el alcance de las redes y conexiones analizadas es diverso y no necesariamente universal. Todo depende del tema de estudio y las preguntas que se formulan: el comercio en el Mediterráneo, la peregrinación de los musulmanes (*Hajj*) a través del océano Índico, las migraciones en cadena entre China y Singapur, las misiones diplomáticas al Vaticano... En todos estos casos, el carácter interconectado del mundo, cuya pista histórica puede seguirse a lo largo de siglos, es el punto de partida de un trabajo de historia global.^[11]

Las dos versiones de la historia global que hemos visto hasta aquí se pueden aplicar, en principio, a todos los lugares y todos los tiempos. El tercer enfoque, más estricto, es diferente, pues parte de suponer alguna forma de integración global, sobre la que reflexiona de manera explícita. En lo esencial se ocupa de aquellos modelos de intercambio que han sido de carácter regular y sostenido: los intercambios capaces de influir profundamente en la conformación de las sociedades. Siempre ha habido relaciones transfronterizas, pero su realización e impacto dependían del grado de integración sistemática en una escala global.

Este tercer modelo (que se describirá con más detalle en los capítulos 4 y 5) es el que aplican los estudios recientes más complejos, y es también el paradigma que se analizará en el presente libro. Tómese por ejemplo la obra de Christopher Hill sobre el surgimiento de la historiografía moderna en Francia, Estados Unidos y Japón a finales del siglo XIX. El autor no se centra en las relaciones entre la escritura tradicional de la historia y las narraciones nacionales modernas, como podría haberse hecho en un estudio más convencional. Tampoco dirige la atención ante todo a las

conexiones entre los tres casos. Antes bien, Hill sitúa a las tres naciones en el contexto tanto de los cambios internos de cada país como de las transformaciones globales. Las tres sociedades mencionadas tuvieron que hacer frente a problemas internos: Estados Unidos se recuperaba de la guerra civil, y Francia, de la derrota ante Prusia; por su parte, Japón reorganizaba su sistema de gobierno en la estela de la Restauración Meiji. Al mismo tiempo, los tres participaban de la reestructuración fundamental del orden del mundo, que se derivaba del capitalismo y del sistema estatal imperialista. En esta coyuntura, la historiografía sirvió para conceptualizar la posición distinta de cada nación en el seno de ese orden mayor y jerarquizado, así como para hacer que el surgimiento de cada una como Estado-nación pareciera un hecho necesario y natural. Desde el punto de vista analítico, por lo tanto, Hill hace hincapié en las condiciones globales que posibilitaron (y dieron forma a) las narraciones históricas que emergieron en las tres circunstancias.[12]

De un modo muy similar, otros historiadores han situado casos particulares en sus contextos globales, y lo han hecho explícitamente. Intentan explicar «los procesos de base y las contingencias de la actividad humana [en el seno de] las estructuras que son al mismo tiempo productos y condiciones de esa actividad».[13] Desde este punto de vista, la globalidad pasa a ser el marco de referencia último de toda comprensión del pasado. En principio, esta clase de contextualización no se limita al pasado más reciente, sino que puede aplicarse a períodos anteriores, aun cuando en estos casos el grado de integración puede ser relativamente débil. Como el mundo se ha ido transformando y ha pasado a ser, cada vez más, una única entidad política, económica y cultural, los lazos causales del nivel global han adquirido más fuerza. Y de resultados de la proliferación y perpetuación

de este tipo de lazos, en los acontecimientos locales influye cada vez más un contexto global que podemos comprender de manera estructural e incluso sistemática.

PROCESO Y PERSPECTIVA

La historia global es a la vez un objeto de estudio y una forma particular de entender la historia: es a la vez un proceso y una perspectiva, un tema de estudio y una metodología. Es un Jano bifronte que se asemeja a otros campos/enfoques de la disciplina, tales como la historia social y la de «género» (*gender*). En la práctica, es habitual que las dos dimensiones se interrelacionen, pero aquí, con fines heurísticos, podemos tratarlas por separado. Esto nos permitirá diferenciar entre la historia global entendida como una perspectiva de los historiadores o como una escala del proceso histórico en sí.[14]

La historia global es una perspectiva entre otras posibles. Es un mecanismo heurístico que permite al historiador plantear preguntas y generar respuestas que serán diferentes de las derivadas de otros enfoques. La historia de la esclavitud en el mundo atlántico es un buen ejemplo. Los historiadores han indagado en la historia social de la población esclava, sus condiciones de trabajo y las comunidades que crearon. Desde la perspectiva del «género», han logrado contar relatos novedosos sobre la familia y la infancia, la sexualidad y la masculinidad. La historia económica de la esclavitud ha sido especialmente prolífica; se ha centrado en los índices de productividad, las condiciones de vida de los esclavos en comparación con otros trabajadores o con la servidumbre por deudas (*indentured service*), o el impacto macroeconómico de la esclavitud sobre la producción de las plantaciones. Sin embargo, la experiencia de la esclavi-